

180 AÑOS AL SERVICIO DE CHILE

Eduardo Frei Ruiz-Tagle

EDUARDO FREI RUIZ-TAGLE

Ingeniero Civil con mención en Hidráulica de la Universidad de Chile. Tras recibirse, obtuvo una Beca de Especialización en Administración y Técnica de Gestión en Italia (Grupo ENI) y luego también una Beca de Trabajo para conocer el proceso de concesiones en el norte de Italia. Militante del Partido Demócrata Cristiano desde 1958, el 11 de diciembre de 1993 fue elegido Presidente de la República de Chile, cargo que desempeñó hasta el 11 de marzo de 2000. Fue senador en tres periodos: por Santiago Oriente (1990-1994), como senador vitalicio en su cargo de expresidente (2000-2006) y por la región de Los Ríos (2006-2014). Fue Presidente del Senado los años 2006-2007 y, en su labor legislativa, fue Presidente de las comisiones de Hacienda, Comisión Mixta de Presupuestos y Obras Públicas. También fue candidato a la Presidencia de la República el año 2009. Entre 2014 y 2022 se desempeñó como embajador especial para el Asia-Pacífico.

180 AÑOS AL SERVICIO DE CHILE

Qué hermoso es tener la oportunidad de referirme a la Universidad de Chile con motivo de su 180° aniversario, la casa donde me formé profesionalmente, y donde me entregaron valores y principios que me han acompañado a lo largo de toda mi vida profesional y empresarial, en mi vida privada y en mi vida dedicada al servicio público por más de 40 años.

Saludo con especial afecto a su rectora, Rosa Devés, destacada educadora y académica, que hoy es portadora de un nuevo hito en la historia de esta universidad al ser la primera mujer en asumir este cargo.

La fundación de la Universidad de Chile en 1842 es, sin duda, uno de los hitos más significativos de la entonces naciente República, y representó una de las decisiones más sabias de su fundador y primer rector, el humanista venezolano Andrés Bello, al situar en el saber y la enseñanza pública el eje articulador del país que daba sus primeros pasos como nación independiente. Por lo mismo, pocas instituciones de carácter público han sido tan decisivas para la definición de la identidad de una nación. No solo es la institución de educación superior más antigua de Chile, sino que a lo largo de su trayectoria ha sabido establecer un fuerte vínculo con el país.

La historia de esta universidad se confunde con la historia de nuestra patria; con sus avances, dificultades y retrocesos. Al mismo tiempo, esta institución también ha gozado de la posibilidad de pertenecer a un país, de ser parte de ese país y formarlo. Más allá de constituirse en la principal casa de estudios superiores, la Universidad de Chile ha sido protagonista y forjadora de nuestro pasado a través de sus rectores y directivos, académicos y alumnos, así como de todos aquellos que han transitado por sus aulas. Su condición de universidad nacional y su vocación integradora se han constituido en la columna vertebral del pensamiento que orienta nuestra institucionalidad hasta el día de hoy, cautelando los valores de tolerancia, diversidad y excelencia.

Lo que celebramos no es un aniversario más, sino la historia de una institución que es patrimonio de nuestro país y un legítimo orgullo para todas las chilenas y chilenos. Una universidad que ha estado siempre presente en las

grandes transformaciones políticas, económicas y sociales de nuestra República, guiando el debate y aportando soluciones pensadas en el bienestar de toda la sociedad.

Esto no es casual ni fruto del azar. Ha sido posible gracias a que la Casa de Bello se convirtió en formadora de millones de profesionales que han contribuido con su conocimiento y sentido crítico al progreso de Chile, iluminando el presente y sentando las bases de nuestro futuro. Son, en definitiva, 180 años de compromiso, coraje y mucha sabiduría puestos al servicio de nuestro país.

Es la voz inspiradora de Bello, que resuena en los pasillos y en cada rincón de esta universidad, la que le dio este destino superior, único e irrenunciable. La Universidad de Chile debía ser uno de los poderes espirituales de la nación y estar siempre al servicio del país, formando a los principales líderes de cada tiempo y a los mejores profesionales en todas las áreas del conocimiento para ponerse a disposición del desarrollo de Chile. Esa impronta, ese sello distintivo de esta institución señera, se mantienen hasta el día de hoy y, estoy seguro, permanecerán en el futuro.

A esta casa de estudios le corresponde ser un espacio abierto, incentivar el debate sobre los grandes temas nacionales y contribuir al diseño de las políticas públicas. Por este motivo, como expresidente y exalumno, me atrevo a plantear tres desafíos país en los cuales esta casa de estudios debe estar presente. En primer lugar, no puedo dejar de referirme a su compromiso con la educación pública. Múltiples son las iniciativas y aportes que la Universidad de Chile ha hecho para devolver la educación pública de nuestro país al sitio que le corresponde, como base de una sociedad moderna, más justa y más equitativa.

La educación pública es mucho más que acoger «a los que no pueden pagar un colegio privado» o «educar a quienes no son aceptados en otros establecimientos», sino que debe ser el pilar fundamental sobre el cual construir lo que está por venir para Chile. Solo ella permite impulsar proyectos educativos de interés común para el desarrollo nacional, regional o local; solo ella nos ayuda a afianzar el pluralismo, la inclusión y diversidad en una comunidad; y solo ella garantiza el derecho universal a la educación —asegurando su presencia en cada rincón del país donde existan niños y jóvenes que educar—, y promoviendo la equidad y la integración social.

La evidencia mundial así lo refleja: los estados más desarrollados del mundo entendieron que la educación pública es la columna vertebral de sus sistemas educativos. Ningún país ha alcanzado el desarrollo y vencido las desigualdades sociales sin una educación pública de calidad. Así lo hacen Francia, Estados

Unidos, Japón, Suecia, Nueva Zelanda, Finlandia, Canadá y tantos otros que nos llevan décadas de distancia en estas materias.

Chile, en el menor plazo posible, debe seguir esa misma senda. Necesitamos que la educación pública se convierta en el eje articulador de nuestro desarrollo. Para ello, debemos convertirla en una oferta atractiva, de calidad para las familias y de igualdad, inyectándole mayores recursos para que pueda cumplir con sus objetivos principales y se vea reflejado en el crecimiento del país. Por tanto, la Universidad de Chile debe cumplir un rol protagónico e insustituible en esta materia, demostrando el liderazgo que tiene precisamente en educación pública y de calidad.

Un segundo desafío es la necesidad de desarrollar una verdadera cultura de la innovación. No digo nada nuevo y esta universidad lo sabe mejor que nadie. Una cosa es formar profesionales de excelencia y transmitir conocimiento, y otra muy distinta es actualizar y profundizar ese saber.

Durante décadas, Chile, al igual que gran parte de los países de América Latina y el Caribe, ha basado sus políticas de crecimiento económico en la explotación de sus recursos naturales. Es cierto, somos un país bendecido por la abundancia de riquezas naturales, la cual, junto a nuestra apertura comercial, incentivó la realización de muchos nuevos proyectos, principalmente en el sector extractivo, que nos ayudaron a crecer y a mejorar la calidad de vida de las familias chilenas. Sin embargo, por múltiples razones, este modelo de desarrollo ha sido cuestionado y ahora la tarea es buscar, crear o incentivar nuevas formas de crecer, basadas en la educación como herramienta clave para impulsar la innovación, agregar valor a la productividad y acceder a nuevos mercados.

Nuestro principal foco debe ser cambiar la mentalidad de las empresas —pequeñas, grandes y medianas—, de los empresarios, de los jóvenes, de las universidades y centros de educación superior, porque la única manera de ser un país desarrollado es a través de la innovación y el emprendimiento. Tenemos que encontrar los remedios de nuestros males de otra forma y usar los recursos de manera más creativa. Solo así llegarán las soluciones a muchos de los problemas que nos aquejan desde hace largos años.

Las universidades deben cumplir un rol clave en este proceso. No solo forman capital humano y generan conocimiento, sino también deben ser un polo de desarrollo de nuevas empresas e instancia de difusión de prácticas hacia los sectores productivos. En este escenario, la Universidad de Chile, como la primera universidad pública y estatal del país, debe contribuir desde sus aulas a impulsar un verdadero cambio en el modo de pensar y hacer las cosas, situándose una vez más a la vanguardia en el impulso del progreso.

La innovación es uno de los factores que ayuda a los países a lograr generar más productividad, prosperidad y riqueza. Ese es el camino que han recorrido los países desarrollados, logrando una alta tasa de crecimiento económico, sustentable y sostenible en el tiempo. Por esta razón es necesario que países subdesarrollados como el nuestro tomen en cuenta los diversos factores de innovación, para poder retomar la senda del crecimiento y asegurar el bienestar de toda la sociedad.

Finalmente, quiero invitarlos a pensar el país en que queremos vivir. Atravesamos tiempos difíciles. Chile está dividido. La violencia, la intolerancia, el rencor y las descalificaciones se han apoderado del debate público. Uno de los más graves problemas que enfrentamos hoy es la incapacidad para escuchar y apreciar las diferentes posturas políticas que existen en nuestra sociedad. En Chile se quebró la vieja tradición democrática de que el diálogo y la relación abierta, sincera y respetuosa es la forma de generar los acuerdos y consensos nacionales tan necesarios para que el país avance. Hoy pareciera que nadie quiere escuchar los planteamientos de quienes piensan distinto y, no conforme con aquello, el antagonista —hoy convertido en enemigo— es frecuentemente denigrado y objeto de burla y escarnio. Lo único que hemos conseguido con este estilo tan dañino de hacer política es abrir una enorme brecha, que cada día genera una ruptura más honda en la sociedad chilena.

Me duele este Chile. No es el país en el que nací y crecí. La democracia es el mejor sistema para promover nuestra convivencia como sociedad, pero también es frágil. Eso lo sabemos muy bien. Por eso tenemos que cuidarla y estar muy atentos a lo que nos está diciendo la ciudadanía. Y, hoy, nuestros compatriotas nos están exigiendo una política de excelencia que sea capaz de solucionar los graves problemas que les aquejan.

Tenemos que volver a encontrarnos para levantar Chile y asegurar un futuro de mayor prosperidad para todas y todos. Debemos retomar nuestra trayectoria histórica y seguir viviendo con esperanza y no con miedo; con unidad y no divididos, y con la capacidad de alcanzar acuerdos que nos permitan resolver las dificultades que tenemos y que llevan años esperando una solución.

Superar este desafío exige mucho más que palabras. Si lo expongo aquí es porque tengo la convicción de que un aspecto consustancial a las universidades públicas es estar preocupadas también por el país en su conjunto y, como tal, son garantes de la democracia, de la libertad, de la pluralidad, del respeto y la tolerancia.

La Universidad de Chile no puede renunciar ni un solo instante a la tarea de engrandecer los asuntos públicos y a nuestra sociedad. Tenemos que recuperar

lo público y esta casa de estudios, a lo largo de su historia, siempre ha planteado la necesidad de defender, preservar y engrandecer lo que nos pertenece a todos.

Como expresidente de Chile y exalumno de esta casa de estudios tengo una renovada fe en que la Universidad de Chile, con todas sus autoridades y estamentos, continuará honrando los principios tan profundamente arraigados en el alma de esta institución pionera y de excelencia.